

deado a Valparaíso, ha echado a pique la *Esmeralda* y rescatado *La Covadonga*, ha lavado, en fin, en sangre el agravio que nos han inferido, nos limitaremos a leer la noticia en el periódico oficial o en la *Correspondencia*, diciendo: «Cuestión concluída»; y no haremos tantos extremos ni daremos a las cosas la importancia que no tienen.

Y este desenlace, único que podrá satisfacer las generales aspiraciones del país, no tardará mucho. Bien puede, pues, Chile apresurarse a realizar todo el programa de sus estrépitosas demostraciones, antes de que los sucesos se precipiten en su daño, porque los vientos que corren y el horizonte que sobre sus negocios se descubre nada bueno anuncian. Se dice que las potencias mediadoras, juzgando que en las nuevas circunstancias que han surgido nada tienen que hacer, tratan de significárselo a ambas partes beligerantes. Se dice así mismo que Inglaterra, sabedora de la estratagema indigna del capitán Willans, trata de pedir explicaciones a los que tan escandalosamente han abusado de la confianza que inspiraba su pabellón. Se añade, por último, que, excepto el Perú, todas las demás repúblicas de América han repetido su declaración de estricta neutralidad, en res-

puesta a las reiteradas instancias de Chile, que por segunda vez pugna en balde para formar contra nosotros una poderosa liga.

Las noticias que acerca de los movimientos de nuestra escuadra se reciben por diferentes conductos, no presentan tampoco la cuestión bajo un aspecto muy favorable para la causa de nuestros contrarios. Primeramente, un periódico francés habló de un reñidísimo combate entre *La Resolución* y varios buques chilenos, combate en el que nuestros marinos llevaron lo mejor de la jornada. Después, y con referencia a cartas del Callao, recibidas en nuestros puertos por algunos particulares, se ha asegurado que la fragata de hélice *Blanca*, que sostenía el bloqueo de Caldera, fué atacada por tres vapores chilenos y cuarenta lanchas y cha'upas bajo el mando del capitán Willians. Según las correspondencias de donde tomamos estas noticias, la *Blanca*, después de una empeñada lucha, obtuvo el más brillante triunfo, echando a pique dos buques de los que le atacaron, y dispersando a los demás con grandes averías. Los buques que atacaron a nuestra fragata con tan poco éxito, parece que han sido *La Esmeralda*, *La Covadonga*, al mando de Tompson, y el *Antonio Vargas*, vapor de cuatro cañones de poderoso

calibre recientemente construídos en Inglaterra.

Ignoramos si las noticias recibidas por el periódico francés y las que por otro conducto se han tenido en España se refieren a dos encuentros diferentes, o, como estamos más inclinados a creer, a uno mismo, aunque aparezcan trocados los nombres del buque que lo ha sostenido. De cualquier modo que sea, si se confirma oficialmente podemos darnos por satisfechos del principio de la segunda parte de esta cuestión, que promete ser más rápida, más animada y gloriosa que la primera.

Entre tanto, la política extranjera se desenvuelve lentamente en el exterior, manteniéndose casi todas las cuestiones en el mismo estado en que se hallaban cuando tratamos de ellas en nuestra última revista. El discurso del emperador Napoleón al abrir las Cámaras francesas, aunque ha tocado diferentes e importantes asuntos, sólo respecto a Méjico ha hecho nuevas declaraciones. Después de repetir que espera que la paz del mundo no ha de turbarse por ahora, promete que en un término próximo saldrán las tropas francesas del territorio mejicano, para lo cual tomará medidas eficaces que aseguren los intereses de la Francia en aquellos países.

Alguna más animación que en los que se ocupan exclusivamente de la política se nota en los círculos científicos. En una conferencia pública celebrada en Nueva York, Mr. Collin, director del telégrafo ruso americano, ha dado algunos pormenores interesantes sobre esta gigantesca empresa, que, venciendo todo género de obstáculos, marcha rápidamente a su término. El hilo telegráfico, merced al cual la palabra del hombre, llevada en alas de la electricidad, podrá dar instantáneamente la vuelta al mundo, ha de partir de Nueva York, y atravesando todo el Oeste de los Estados Unidos, el estrecho de Beringh, la Rusia asiática y la Europa, vendrá a terminar en San Petersburgo. Cuando Mr. Collin hubo concluído de desenvolver a grandes rasgos la historia de los trabajos más principales de esta colosal empresa, para dar una idea del inmenso territorio que ha de recorrer el telégrafo ruso americano, dijo que el sol brillaría sobre la línea veintiuna horas y doce minutos diarios.

En Londres se agita la idea de organizar para la primavera próxima una exposición de horticultura, que, saliendo de los estrechos límites que suelen darse a estas exposiciones, admita a la concurrencia de los premios a

todos los países. Al mismo tiempo deberá reunirse un Congreso botánico, en el cual se discutan las cuestiones que han de surgir de la comparación de los productos de climas y métodos diferentes. Esta exposición, cuya empresa patrocinan la reina y el príncipe de Gales, aspira a perpetuarse celebrando sucesivamente en Londres, París y San Petersburgo un concurso anual. Falta hace que se realice este pensamiento, y que nuestros expositores, que en los diversos ramos de las artes y la industria no pueden luchar con otros países, lleven sus productos a una exposición en que lograrían obtener más lisonjero éxito.

Entre nosotros, los fantasistas políticos y los inventores con diploma, de patrañas de grueso calibre, están de pésame. Como suele decirse, muerto el perro se acabó la rabia. Terminados los sucesos que daban pábulo a sus diarias novelas, y restablecida la tranquilidad en los ánimos, concluyó su misión. Madrid ha vuelto a coger el hilo de sus interrumpidas tareas. Los diletantis vuelven a preocuparse de la próxima llegada de Tamberlik, y discuten acerca de si hará su debut con el *Guglielmo* o los *Hugonotes*. Los literatos acogen con avidez los rumores que nuevamente circulan sobre la representación

del *César*, de Ventura de la Vega, asuntos cuyas altas y bajas comienzan a hacerse célebres.

Infinitos son, pues los cálculos que se hacen y las esperanzas que se fundan sobre el porvenir, tanto respecto al movimiento artístico e industrial, como a novedades literarias. Mientras la época de la realización de estos vaticinios se aproxima, fuerza será contentarnos con lo poco que da el presente.

La Zarzuela, que ha sido la primera en lanzarse en el camino de la novedad, nos ha ofrecido dos en un acto, titulada una *El rábano por las hojas* y la otra *Gibraltar en 1890*. Ambas son producciones ligeras y de escasas pretensiones, y en tal concepto las recibió con agrado el público. *El rábano por las hojas* adolece, no obstante, de un gran defecto: su autor, que en otras obras ha demostrado que sabe tener gracia sin apelar a chistes de cierta clase, tomando en ésta una cosa por otra, aunque sin apercibirse, ha cogido también por las hojas el rábano en cuestión. Respecto al juguete titulado *Gibraltar en 1890*, nos parece poco lisonjero para España, que sólo en sueños pueda suponerse posible la recuperación de aquella plaza, y eso por

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

los medios sobrenaturales que emplea el protagonista de la zarzuela.

A última hora, el nacimiento de un nuevo infante anunciado a la población con las salvas de ordenanza ha contribuido a que la opinión pública torne a ocuparse de la política interior, en la cual, una vez restablecida su majestad la Reina, los noticieros aguardan significativas variaciones.

MERced a una semana de días serenos y luminosos que se han adelantado a la estación de las flores como un lisonjero programa de la primavera, el Carnaval, que se aproxima seguido de su cortejo de bailes, bromas y placeres, ha conseguido variar de una a otra revista la fisonomía de la carte. Verdad es que en este espacio de tiempo las cuestiones políticas más interesantes se han mantenido en el mismo ser y estado en que las dejamos, y aquí, como en todas partes, para conservar vivo el interés que al iniciarse inspiran, es necesario que un asunto ofrezca a cada momento combinaciones más nuevas y extrañas que las del kaleidoscopos. La política general sigue su curso, concentrándose todo su interés en los debates del Senado, donde la oposición ha presentado la batalla al Ministerio en la cuestión de Italia. La cuestión de Italia, o mejor dicho, la cues-

ción del pontificado, a la que tan estrechamente se encuentra unida, es, sin duda, una de las más arduas y graves de las que nuestra época parece llamada a resolver; y, sin embargo, la opinión pública no se muestra tan preocupada de la discusión que a propósito de ella se ha empeñado como la magnitud del asunto requiere. Esta aparente contradicción se explica. Al lado de esa inmensa cuestión que se desarrolla con lentitud, cuya profundidad no es dado mesurar a todos, cuya historia es ya muy larga y cuyo desenlace no es fácil prever, ha surgido otra de momento, más viva, más palpitante, más comprensible, una cuestión de honra y de intereses de actualidad: la cuestión de Chile, en fin, que con sus inesperados accidentes y los contradictorios juicios a que da lugar, tiene el privilegio de ocupar en primer término la atención de todos los círculos sociales. A cada cual le llega su hora. Primero el interés de negocios tan graves como los de América palideció y se puso en olvido al lado de los trastornos políticos interiores. Después nuestras diferencias con Chile y el Perú han venido a desviar la atención de cuestiones tan vitales como la de Italia, la de Hacienda y de orden público. Mañana no sabemos cuál será

el punto culminante en que el país fijará sus ojos, pues como indicamos al comenzar nuestra revista, la falta de nuevos acontecimientos tiene en la actualidad al público como en *suspense*, y con predisposición para ocuparse con más ahinco del carnaval, que llama a nuestras puertas, que de los buques chilenos armados en corso y de las futuras proezas de nuestra marina. Pasará el carnaval, vendrá el miércoles de ceniza, y con el *momento homo* la memoria de nuestra situación nada lisonjera: entonces con el pico del *dominó* nos enjugaremos una lágrima y volveremos a preocuparnos de la política analizando y tratando de escudriñar en su obscuro porvenir. Y rueda la bola.

Entretanto en la semana que concluye hemos podido oír en boca del señor ministro de la Gobernación la noticia *oficial* de la salida de varios buques corsarios. Los que todo lo ven color de rosa afectan no darle importancia al suceso y limitan el número de estos buques a dos o tres, mal equipados y de peores condiciones marineras. Los que por el contrario se complacen en levantar en el aire y sobre cualquier asunto un maravilloso castillo de suposiciones, pintan todos los mares del globo cuajados de fragatas acorazadas,

blindadas y con espolones, de las cuales cada una tiene ochenta o más bocas de fuego, amén de una no pequeña cantidad de torpedos y máquinas infernales que han de reducir a pavesas nuestra escuadra, nuestros buques y nuestros puertos. En un justo medio dicen que consiste la virtud y en éste precisamente es en el que debemos colocarnos para juzgar con tino de las contradictorias opiniones que circulan. Desde luego la llegada a Madrid de nuestro representante en el Perú y del cónsul del Callao nada bueno augura: pero sea la que quiera la causa del viaje de nuestros agentes diplomático y consular en aquellas regiones, causa sobre la cual el gobierno ha creído necesario usar de una prudente reserva, sean los que fueren los medios a que las dos repúblicas americanas hoy unidas recurran para combatirnos, nosotros tenemos gran fe en el patriotismo de nuestra nación y en los grandes recursos de que en un caso extremo puede disponer para sacar a salvo su dignidad y su honra.

La conducta de la provincia de Málaga que por medio de sus representantes se ha ofrecido espontáneamente a ayudar al gobierno con recursos extraordinarios para la guerra, estamos seguros que a ser preciso, la segui-

rían todas las demás provincias de España. Del extranjero seguimos careciendo de noticias de verdadera importancia. El único acontecimiento que ha logrado fijar un tanto la atención fuera de nuestro país ha sido la retirada del representante de Rusia de la corte de Roma. El emperador Alejandro, disponiendo que el barón de Meyendorff vuelva a San Petersburgo para ser sustituido por otro personaje cerca del Pontífice, ha querido dar una pública satisfacción al jefe de la Iglesia Católica, que tanto en este concepto como en su calidad de soberano, merecía más respeto que el que le demostró en su última y ya célebre conferencia el diplomático ruso.

En París se decía que como sello a la reconciliación del emperador con su augusto primo volvería éste a encargarse de la presidencia de la próxima exposición universal; pero a última hora se ha asegurado que la reconciliación no es tan completa, o al menos importa aparentarlo así que permita este arreglo. Algunos periódicos franceses anuncian que este importante cargo se conferirá a nuestra ilustre compatriota la emperatriz Eugenia. El tino y la discreción que la esclarecida dama española demostró en el desempeño de los negocios políticos durante la

regencia interina, la hacen acreedora a esta muestra de especial confianza. En una exposición universal, que en suma no es sino una gran fiesta a la que se invita a todos los países, parece natural que la señora de la casa haga los honores a los convidados.

Al mismo tiempo que de este incidente que ha surgido a propósito de la exposición universal, exposición que como hemos dicho en otras ocasiones preocupa mucho a los franceses por creer que a ella va unido un pensamiento político, se discute anticipadamente en los círculos literarios de París acerca de dos obras, las cuales, aun cuando todavía no se han dado a la luz, ya interesan al público y son objeto de grandes controversias. Una es el nuevo libro de Renan la *Vida de los apóstoles*: la otra el segundo tomo de las *Meditaciones religiosas* de Guizot. La primera está ya impresa y sin embargo no se publica, según algunos por miedo a un tropiezo semejante al del editor de *Los evangelios anotados* de Proudhon: la segunda se halla en prensa y se aguardan con ansiedad los primeros ejemplares. Ambas y cada cual bajo su punto de vista, están llamadas a preocupar por largo tiempo el mundo religioso, literario y científico.

También entre nosotros, y aunque en más modesta y reducida órbita, han causado sensación y se han ocupado con elogio los periódicos de dos nuevos libros. Las *Inspiraciones* del conocido y popular poeta don Ventura Ruiz Aguilera y las *Horas crepusculares* de la señorita doña Isabel Villamartín, cada cual en la línea que le corresponde, son dos obras dignas de las alabanzas que se le tributan. Aquélla es el fruto de una inteligencia y de un sentimiento exquisitos en su más brillante período: es la realidad. Esta es el primer ensayo de una imaginación ardiente y de un corazón joven: es la promesa. De las dos diríamos alguna palabra más en nuestra revista, si en este mismo número de *El Museo* no se ocupara ya otro de hacerlo respecto a la del señor Aguilera y si por nuestra parte no pensáramos tratar aparte la de la señorita Villamartín.

El teatro asimismo nos ha ofrecido una novedad, que si bien de escasa importancia bajo el punto de vista literario pues los trabajos de este género no aspiran a conseguirla, no carece de cierto interés como espectáculo entretenido y agradable. Aludimos a la *Revista de un muerto*, del señor Alba, representada en el coliseo de la Plazuela del Rey.

El éxito de esta obra, aunque bueno, ha sido inferior al de la que con parecida idea se hizo en el año de 1865, y la verdad es que el asunto no se ha presentado con tanta novedad e interés.

En el Príncipe la representación de *Sullivan* a beneficio de Romea ha tenido por espectadores a cuanto de más distinguido encierra Madrid en damas elegantes y personas inteligentes. El actor favorito del público consiguió un nuevo triunfo en esta obra, donde a tan grande altura se levanta en el desempeño de una de sus más hermosas y características creaciones. Nosotros damos el parabién al gran actor y nos le damos a nosotros mismos al ver que, a despecho de los crueles sufrimientos que le han aquejado, aún puede dar muchos días de gloria a la escena española, cuyo porvenir se presenta tan obscuro para el momento en que le falten los pocos buenos actores que todavía mantienen su brillo.

Los *dilletanti*, con el debut de la señora Galletti tienen por ahora en qué entretener sus ocios, disputando acerca del mayor o menor mérito de esta cantante, mientras llega el tan anunciado, deseado y suspirado Tamberlik. La Galletti ha debutado en *Norma*. Cual-

quiera creará que esta es la ópera que mejor canta, que es lo que suele llamarse su *caballo de batalla*, puesto que con ella se estrena. Pues nada menos que eso. Nosotros creemos que ni a la tesitura de su voz ni a sus condiciones conviene. De estos errores se ven muchos entre los artistas. No obstante, el público la ha aplaudido en algunos momentos y la ha aceptado con placer. Con este puntal ya puede mantenerse por algunos días el ruidoso teatro de Oriente.



UNA revista de Carnaval parece indispensable que salga disfrazada de modo que no la conozcan sus habituales lectores. No teniendo a mano un dominó y una careta que ponerle a estas líneas invertimos el orden de los asuntos, y así como siempre comenzamos por lo más serio para concluir con lo más alegre, hoy daremos principio a nuestro resumen semanal por lo más fútil haciendo punto en lo más grave. Y algo es algo.

En la anterior revista dijimos que la perspectiva del Carnaval y la hermosura del tiempo habían cambiado por completo la fisonomía de la corte. A última hora el tiempo hizo fiasco: el cielo, antes sereno y limpio, se cubrió de nubes; al aire perfumado y tibio, propio de primavera, substituyó el cierzo frío y delgado como la hoja de un puñal de Albacete: pero el impulso estaba dado, y el Car-

naval no ha sido por eso menos alegre y ruidoso que de costumbre.

Rompió la marcha inaugurando por decirlo así el período carnavalesco, el baile dado en el Conservatorio por la asociación de damas de la Beneficencia. Los salones del Conservatorio han estado bastante concurridos, y la reunión fué tan escogida como cabe en lo posible cuando se trata de una sociedad en la cual no se exigen más requisitos para ser presentado que tener ganas de gastar 40 reales. Entre muchas elegantes damas, a quienes a pesar de su disfraz conocimos, circulaban por lo tanto alguna que otra muestra de ese *demi monde*, o *quart de monde*, que en Madrid se introduce en todos los círculos apenas ve la puerta entreabierta. Pero el Carnaval tiene algo de fácil y tolerante respecto a las costumbres; la careta autoriza ciertas derogaciones por parte de las gentes más rígidas; y luego... se presentan tan pocas ocasiones de hacer una obra de caridad bailando un schottis-polka que no tan sólo no extrañamos la boga de estas o parecidas fiestas, sino que por el contrario, las aplaudimos. No todos comprenden la caridad de un mismo modo; no a todos es dado practicarla en lo que tiene de más enojoso y áspero: bueno es,

pues, allanar el camino armonizándola con otro placer que el que las almas privilegiadas encuentran en el fondo de la caridad misma.

Al baile del Conservatorio han seguido los del Real, la Zarzuela y Capellanes. No hay para qué decir que en todos se han notado animación y concurrencia. En el segundo o tercer baile podrán las sociedades encargadas de esta clase de especulaciones ganar o perder según el humor de las gentes y las circunstancias del momento; pero en el primero ¿cuál es tan torpe que no tiene a mano un par de docenas de niñas alquiladas y de jóvenes de más humor que dinero que hagan bulto, merced a algunos billetes gratis? Sabido el secreto de los primeros bailes de la temporada, no nos ha extrañado, pues, encontrar en ellos el persona conocido. En el teatro de la ópera, al compás de su magnífica orquesta, dirigida por Bonetti, hemos visto walsar, amén de todo el escuadrón femenino de entre bastidores, bailarinas, coristas y figurantas, una multitud de esas bellidades de clasificación dudosa: vanguardia encubierta de un género de *damas* popularizadas por la pluma de Dumas hijo y la música de Verdi, que hacen esfuerzos increíbles para aclimatarse en nuestro país por más que las

rechacen nuestro carácter y nuestras costumbres.

Algún que otro dominó de seda, por cuyos anchos y flotantes pliegues asoma una mano aristocrática y pequeña calzada de un guante perfumado y finísimo dejaba, sin embargo, adivinar la presencia en los salones de el Real de una reducida parte del sexo bello verdaderamente elegante y distinguido de la corte.

Estas discretas tapadas, de las cuales podríamos decir en confianza y al oído de un amigo el nombre de algunas, y varias personas conocidas, que formaban corro entre los individuos del sexo feo que se agrupan en el centro del salón, han impreso este año como en los pasados su sello especial y característico a los bailes del teatro de la plaza de Oriente.

Jovellanos manteniendo su tradición respecto a máscaras, se ha mostrado asimismo alegre, ruidoso y todo lo expansivo que permiten el disfraz y la careta. Sobre el indispensable fondo de personajes equívocos pertenecientes a ambos sexos, ha ofrecido su risueña galería de figuras propias de estos bailes de medio carácter. Sentadas alrededor de la sala han podido, pues, verse muchas *viudas*

*de intendentes* (requisito forzoso de toda pupilera), acompañadas de sus tiernos pimpollos; y circulando en grupos, muchos estudiantes de todo género de derechos y carreras, incluso la más célebre de la corte. De Jovellanos a Capellanes la decoración varía y han variado igualmente los actores. Desde la modistilla a las nocturnas paseantas de la con tanta razón, llamada calle de Peligros: desde los abonados a los Andaluces a los totereros que se estacionan en las cuatro esquinas, lo más florido de la gente del bronce, de la perpetua diversión, de la eterna jañana y del escándalo eterno, ha tenido representación en el local que reúne el raro privilegio de dar a un tiempo acogida a todo género de personas. En efecto, lo más característico del teatro de Oriente y la Zarzuela, los que acaso salen de un salón aristocrático o han pasado la tarde en el Canal, han venido en esta ocasión, como vienen siempre, a pagar el tributo de un momento de la noche a Capellanes.

En el Prado, y durante los primeros días del Carnaval, la multitud ha sido inmensa y la animación y el bullicio tan grandes como si en nada tuviéramos por el momento en que pensar más que en disfrazarnos y di-

vertimos. El pueblo es como los niños: con la misma facilidad llora que se consuela, mostrando a veces juntas las lágrimas y la risa. En los días en que la terrible epidemia azotaba a Madrid, parecía imposible que el tiempo pudiera borrar las hondas huellas que había dejado. Cuando más tarde los trastornos políticos preocuparon hondamente la atención pública, era de esperar que por muchos meses todos se ocuparían de la probable resolución de un oscuro problema planteado y no resuelto. Más tarde, el descalabro sufrido en Chile, llenó de santa y patriótica indignación las almas y debía creerse que nadie apartaría los ojos de este asunto hasta ver su desenlace. Sin embargo, llega el Carnaval, los lutos se esconden, las preocupaciones se disipan, los proyectos bélicos se aplazan y el país transformado de la noche a la mañana de grave y preocupado en alegre y bullicioso, puede exclamar a su vez: *Europa, ¿me conoces?*

El miércoles de Ceniza, ayudado del diluvio de agua que han arrojado las nubes, ha venido a cerrar el período de locura, trayéndonos el enfadoso bagaje de nuestras antiguas preocupaciones al ponernos la ceniza en la frente. — *Polvo eres y en polvo te has de*

*convertir!* Este lúgubre estribillo con que termina la Iglesia la canción báquica comenzada por el Carnaval, viene a concluir con un imponente acorde de Miserere la atrozadora sinfonía de los placeres mundanales.

Después de los excesos y los gastos extraordinarios que inevitablemente traen consigo todas estas grandes fiestas, la primera idea que se ocurre es la de reparar por medio de la economía el desequilibrio del bolsillo; y esta preocupación, particular a cada individuo, trasciende a la pública opinión y forma una atmósfera. Nada más natural, por lo tanto, que la primera cuestión puesta sobre el tapete en materias políticas sea la cuestión de Hacienda, pronunciándose todos en favor de las economías en el presupuesto. En el Senado las oposiciones presentaron el combate al ministerio en los asuntos de Italia; en las Cortes se trata de hostilizarle en una larga serie de encuentros y escaramuzas a propósito de las tantas veces anunciadas economías. El Gabinete asegura que se encuentra animado de los mejores deseos respecto a este particular: nosotros lo creemos; pero ha debido sucederle lo que a aquel grande de España que, conociendo su ruinosa situación, y después de decidirse a to-